

greso, que M coloca como centro irradiador del espíritu y cultura renacentistas, halla su correspondencia en el mundo de los antiguos, y con ella, la confirmación y la «legitimación» de una mentalidad nueva;

- 14) en cuanto proceso inserto en la cadena de la historia de Europa, el Renacimiento se revela punto de partida determinante de las sucesivas modificaciones que se acumulan a lo largo del proceso que atraviesa nuestros días y, en particular modo, del pensamiento ilustrado: el protagonismo histórico-cultural ejercido por la burguesía; el individualismo; la valorización de la vida y la felicidad terrena; la exaltación de la capacidad intelectual del hombre y de su espíritu inventor; la actitud crítica e independiente del sabio renacentista, precursor del *philosophe* dieciochesco y del intelectual hodierno; la importancia atribuida a la acción formativa del viaje y a la educación en general, fundamento de la filosofía progresiva de Occidente; el relieve atribuido a las causas segundas, que cimentan la visión de una Naturaleza autónoma e inmanente y anuncian el principio de causalidad; el saber científico y el método experimental como formas privilegiadas de conocimiento; la idea de felicidad, ligada a la de utilidad y al principio informador de la utopía; el sentido valorativo del curso de las edades, base del optimismo antropológico del XVIII; el concepto de pluralismo y tolerancia como primer paso hacia la libertad de pensamiento y de conciencia; el Estado Moderno como ensayo balbuciente de un «poder limitado por el poder» en su camino hacia el Estado liberal y de derecho; el drama de la enajenación del individuo, ínsito en el desarrollo y progreso de nuestra sociedad; todas estas experiencias y vivencias, que pasan por Bodin, por Descartes, por Montesquieu, por Locke, por Hume o por Voltaire y llegan hasta nosotros, constituyen las grandes líneas de la civilización occidental, retomadas por M con gran maestría, cuyo punto de arranque se encuentra en esa «crisis expansiva», expresión feliz con la que M define el Renacimiento.

España no es diferente

El descubrimiento del Nuevo Mundo queda realizado en la obra de M como causa y efecto, o interrelación, de aquella actitud mental y situación social que posibilitan y vigorizan las manifestaciones sociales y culturales del Renacimiento.

Dada la trascendencia para la historia de Europa de este acontecimiento histórico, en cierto modo, el eje del movimiento renacentista europeo se desplaza de Italia a la Península Ibérica, no por su origen, como queda dicho, sino por su floración y plenitud de desarrollo.

No siendo el descubrimiento, ni cualquier otro hecho histórico, resultado del puro azar, es claro que existía en España un terreno particularmente idóneo para que en él fructificara la nueva visión económica, social y política que exigió la incorporación sistemática y racionalizada de las tierras descubiertas en el propio radio comercial y político. De haberse afrontado ese extraordinario suceso de la historia con mentalidad medieval, su trascendencia —recuerda M— no hubiera ido mucho más lejos de la que tuvieron los viajes de Marco Polo.

Con la sistematicidad, erudición y amplitud de miras que le son propias, M rastrea amplios sectores de la actividad y cultura española de la época para constatar que se dan en España, de manera incluso precoz, aquel mismo espíritu y dinamismo comercial que anima las restantes sociedades «capitalistas» de Europa, la expansión, inquietud y malestar social, el «trastorno» de los valores tradicionales que escandalizaba a los observadores de mentalidad conservadora, la exaltación de los placeres de la vida, el interés y curiosidad por lo nuevo, el espíritu crítico, el afán renovador y transformador, la conciencia de expansión y avance que va ligada a la idea-base de progreso, aquel «espíritu burgués», en suma, que forma la esencia misma del sentir colectivo renacentista y la premisa para que una sociedad, en una perspectiva abierta al futuro, se constituya en forjadora de sí misma.

Con ello, M echa abajo, creo que definitivamente, uno de esos arraigados lugares comunes que han pesado gravemente sobre la historia de España, no ciertamente por el deseo de levantar grandezas peninsulares (si hay un desmitificador de nuestra historia nacional, es él) sino por el solo deseo de dejar las cosas en su sitio y liberar el camino de la investigación histórica de esos entorpecimientos que la hacen girar inútilmente sobre sí misma, y que en este caso particular ha consistido en negar la esencia europeísta de la cultura española y subvalorar los brotes de modernidad y las aportaciones de España al espíritu de libertad y democratización que anima la historia europea, a causa del peso que han ejercido en la estimación de la historia de España las desviaciones que sufrió la evolución de nuestra sociedad (y no sólo la nuestra) a partir de la segunda mitad del siglo XVI, la reacción señorial y el régimen de represión e intolerancia del Estado, y la distorsión, y contorsión, de la cultura del barroco, que acabaron por penetrar en las conciencias, sumiéndolas en un lamentable conformismo.

Los ejemplos de modernidad en la España de los siglos XV y XVI aducidos por M son innumerables y no voy a repetirlos, pero en el variado cuadro que nos ofrece, destacan el dinamismo e iniciativa comercial, las aspiraciones democráticas que inspiran los hechos de Villalar, la penetración del espíritu reformador erasmista —puesta ya de manifiesto por la obra tan a menudo recordada de Bataillon—, que favoreció la conciencia de pluralidad y la idea de tolerancia, la presencia de individuos y grupos francamente discrepantes, y la modernidad del pensamiento político de Fernando el Católico, que representa una relevante aportación a la formación del Estado Moderno, verdadero monumento renacentista de la cultura de Europa.

La concepción mecanicista del Estado propia del Rey Católico, que anticipa la imagen del reloj maquiavélico, así como el planteamiento coherente y racionalizado relativo a los límites del poder y a la política a un tiempo de pluralidad y homogeneidad —con respecto a la uniformidad universalista y a la política de grupos y castas de la Edad Media, respectivamente—, la adaptación de los principios jurídico-políticos tradicionales a las nuevas necesidades del Imperio, irreducible a los estrechos moldes del Imperio cristiano medieval, hacen de la política de Fernando, contra toda banalización que considere algunos hechos (como la expulsión de los judíos) fuera de su contexto orgánico y «moderno», un modelo de coherencia y de programación, del que no puede prescindir ninguna historia del pensamiento político europeo.

La literatura: desde y hacia la historia social

Si la historia social puede utilizar con provecho la literatura por su valor documental de la vida y mentalidad del momento histórico en que se produce (independientemente de que el autor sea más o menos consciente o solidario de la sociedad que «pinta»), el estudio de la literatura y de la historia literaria no puede ignorar, a su vez, que el producto literario se da dentro de una forma de existencia histórica y que existen relaciones de interdependencia y condicionamiento entre literatura de ficción y vida real, cuyo desconocimiento compromete la comprensión correcta y global de la obra que se pretende conocer. La interdisciplinariedad que M aconseja en el estudio de la historia es, por las mismas razones, recomendable en el ámbito de las artes, en el cual la variedad y articulación de enfoques se revelan necesarias y, en cualquier caso, de incontrovertible fecundidad. M lo demuestra con creces en sus magistrales aportaciones al conocimiento de nuestra literatura renacentista y barroca, desde la perspectiva de la historia social, patentizando al tiempo las limitaciones y errores evaluativos en los que incurre el estudio literario enfocado exclusivamente desde el punto de vista psicológico o estrictamente estilístico.

Partiendo, pues, del presupuesto de que el autor es fruto de su tiempo, que la obra literaria refleja directa o indirectamente la sociedad en que se manifiesta y que el estilo es un modo de captar la realidad, M se aproxima a nuestra literatura con el intento, plenamente conseguido, de iluminar la raíz común que inspira las distintas obras nacidas de un mismo proceso histórico, más allá de su diversidad en géneros y temas. Con ello, muestra la inutilidad de una historia literaria encauzada por periodizaciones y clasificaciones por materias y escuelas que, las más veces, en lugar de ser resultado de aquel «embotellamiento y etiquetado» que presupone la comprensión e inteligibilidad de lo real, se reducen a fórmulas esclerotizadas dentro de las cuales encajonamos a viva fuerza, deformándola y aherrojándola, la realidad que nos proponemos conocer.

Contemplado desde el elevado punto de vista que exige la observación de los grandes cauces por los que discurre la producción literaria española de los siglos XV y XVI, el panorama de la literatura renacentista en España pone de manifiesto que:

- 1) El individualismo, la exaltación del Yo intelectual, la duda y el relativismo inherentes a formas de conocimiento que se atienen al propio juicio, la apreciación de la libertad personal, así como de la interioridad e intimidad, constituyen el fondo común de la literatura profana y mística (desde la *Celestina* a Garcilaso, o San Juan de la Cruz), del que brota el uso generalizado de la primera persona, la utilización del diálogo, el protagonismo del Yo íntimo y cálido de Garcilaso o la tensión mística, no menos personal e interiorizada, de San Juan de la Cruz;
- 2) el factor utópico integrante de la sociedad del siglo XVI, en su doble versión de *utopía hacia adelante* y *utopía de evasión*, alimenta a un mismo tiempo el filón de lo natural-campestre, presente no sólo en la literatura pastoril, la insistencia en el mito de la Edad de Oro como reprobación de la realidad social contemporánea, y la crítica a la utopía evasiva de algunos sectores de la sociedad renacentista española, representada por la gran contrautopía cervantina del *Quijote* ;

- 3) la visión de una naturaleza autónoma regida por sus propias leyes (las del cálculo y la lucha competitiva), esencialmente dinámica, contradictoria y desprendida de todo orden global trascendente, inspira indistintamente la literatura celestinesca y la poesía secular de Garcilaso, la picaresca y el *Quijote*;
- 4) la estimación social del Yo, el basar en sí mismo la razón del puesto que uno ocupa en la sociedad, el afán de riqueza y la búsqueda del provecho y la felicidad como fuerzas que desencadenan la energía egoísta del individuo, alteran las relaciones interpersonales e interestamentales y despiertan el sentimiento de rencor por los privilegiados y la conciencia de la injusticia social del sistema, es el suelo común en el que germinan por igual la literatura celestinesca, la picaresca y otras producciones de nuestro renacimiento literario a los que ocasionalmente M hace explícita referencia.

Aparte de los caminos que abre a la investigación la aproximación sociológica de M a la literatura española renacentista, los resultados fehacientes por él conseguidos proponen, con respecto al período examinado, la revisión de algunos conceptos que afectan la metodología crítica y la periodización y clasificación en gran parte todavía vigentes en nuestra historiografía literaria:

- 1) La importancia atribuida a la influencia e imitación de formas culturales (o literarias) provenientes de «fuera» del propio ámbito histórico-cultural (en nuestro caso, al italianismo y al petrarquismo) debería ser drásticamente reducida en favor de la «predisposición» mental de la sociedad renacentista española, necesariamente autóctona, para recibir influencias o hacer suyos modelos foráneos;
- 2) la influencia o imitación interesan en cuanto potencian un proceso en acto, sin el cual los «imitadores» no tienen más valor que el de una secta libresca en la que «sólo se reconoce la más superficial y vana manifestación de las alteraciones acontecidas a la mentalidad de la época»;



Con los profesores Bertini, Bataillon y Jorga, en la presidencia del Congreso Internacional de Hispanistas. Burdeos, 1974

- 3) el Renacimiento literario español, por tanto, no está representado por el movimiento petrarquista, sino por aquellos autores que, insertos en la realidad del presente, buscaron formas inéditas que respondieran a una forma no menos inédita de captar el mundo y entenderlo, *a través de* la imitación de los clásicos, o sin ella;
- 4) la sustitución del concepto histórico de *época* o *período* por el de *proceso*, consiente contemplar la historia de la literatura en su efectivo fluir y considerar las «nuevas» formas como transformaciones orgánicas de formas preexistentes; M lo ilustra, en su bello libro sobre la *Celestina*, mostrando cómo el *exemplum* medieval se vuelve moralidad «moderna» en atención a la sensibilidad del público a que va destinado;
- 5) la continuidad del proceso que llamamos modernidad-Renacimiento desbarata la rígida periodización por siglos, en cuanto esta unidad histórica, en España, va desde al menos la segunda década del siglo XV hasta entrada la segunda mitad del siglo XVI;
- 6) dicha continuidad de un proceso en crescendo (en el sentido de progresivo afianzamiento de formas de vida y culturales, y de mentalidad) aconseja incorporar el siglo XV a la época de la modernidad (algunas historias de la literatura lo incluyen todavía en la Edad Media; otras, lo dejan en un incómodo capítulo aparte bajo el nombre de Prerrenacimiento o época de los Reyes Católicos) y sugiere la supresión de este término, que M llama sólo «perturbador», de «Siglo de Oro» de la literatura hispánica.

Loreto Busquets

Bibliografía

- Antiguos y Modernos, *Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966.*
La oposición política bajo los Austrias, *Barcelona, Ariel, 1974.*
Utopía y contrautopía en el Quijote, *Santiago de Compostela, Pico Sacro, 1976.*
El mundo social de la Celestina, *Madrid, Gredos, 1981.*
Estudios de Historia del Pensamiento Español. *Serie segunda. La época del Renacimiento, vol. II, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.*
Las Comunidades de Castilla, *Madrid, Alianza Editorial, 1984.*
Estado moderno y mentalidad social. 2 vols., *Madrid, Alianza Editorial, 1986.*
La literatura picaresca desde la historia social, *Madrid, Taurus, 1986.*